

LAS ELECCIONES FRANCESAS

POR

PIERRE MENDES-FRANCE

Cuando De Gaulle pretendió resolver la crisis política francesa mediante un referéndum que constituía un plebiscito, dije: «Un plebiscito se combate». Todas las fuerzas de izquierda adoptaron esta actitud y el poder tuvo que capitular. En la actualidad nos encontramos no ya ante un plebiscito, sino ante unas elecciones. Hoy digo: «Unas elecciones se ganan». Y hay que ganarlas. Ya que nadie puede dudar de una cosa: los resultados del escrutinio tendrán, en cualquier caso, una influencia decisiva en la evolución política ulterior.

Las elecciones no resolverán ningún problema, es cierto. Pero crearán una situación nueva, darán una oportunidad a las fuerzas del progreso, facilitarán las únicas transformaciones que pueden responder a los problemas reales del país, a las exigencias profundas de sus conciudadanos, a su voluntad —pisoteada sin cesar— de tomar las riendas de su porvenir y de su destino, de romper con la sociedad del silencio y el desprecio.

Que se esté sobre aviso: esta sociedad del pueblo la rechazará de todos modos, un día u otro, si se encuentra enclaustrado en la desesperanza, aunque sea ornada por las consultas electorales falseadas y llevadas a cabo de cualquier manera y por promesas más o menos falaces. Pues no basta con prometer, hay que querer y hay que poder. Este régimen ni quiere ni puede, porque sus propios fundamentos son incompatibles con una organización diferente, más justa, más humana, de la sociedad. Las fuerzas del progreso, alentadas, apoyadas y animadas por el propio país, podrían, en contrapartida, emprender muchas cosas inmediatamente si el escrutinio les es favorable.

CONTRA LA TENTACION

Pero si ese escrutinio deja en su puesto a los hombres y equipos establecidos desde hace diez años, la función que corresponde llevar a cabo a la izquierda será irremediablemente postergada en su ejecución y, en consecuencia, sus objetivos se verán retrasados. Es por lo que todos cuantos son conscientes de sus responsabilidades de ciudadanos, de padres de familia, de trabajadores —y especialmente los jóvenes, interesados más directamente que nadie en lo que se encuentra en juego— deben, a pesar de las tentaciones de desánimo, lanzarse al combate y comprometer en él todas sus fuerzas para darle una solución victoriosa.

Si, Existe la tentación de pensar que, como en el pasado, las elecciones serán estériles y vanas. Existe la tentación de desinteresarse de ellas, de refugiarse en perspectivas más lejanas.

Tampoco yo me hago la ilusión de que una victoria electoral vaya a cambiar de pronto todo lo que debe cambiar. Pero el que el escrutinio oriente la evolución del país en el buen sentido más bien que en el malo no es indiferente, ni es indiferente el que se hagan posibles soluciones sanas o el que la política nefasta de estos últimos años se perpetúe.

Los comentaristas oficiales pretenden que no existe más que una alternativa:

o De Gaulle y el orden o bien el vacío y el desorden. Yo afirmo que esto es falso y que un análisis de las realidades concretas lo demuestra claramente.

De un lado está De Gaulle y el desorden, desorden que le acompañará de ahora en adelante, puesto que el desorden es inseparable de sus causas. Acontecimientos análogos a los de mayo de 1968 se reproducirán irremediablemente si el gaullismo sale vencedor una vez más. Del otro lado están, al alcance de nuestra mano, las soluciones de izquierda, que responden a las reivindicaciones que tan vigorosamente se han afirmado en las universidades y en las fábricas y permiten preparar esa vida a la vez generosa y moderna hacia la que tienden tantos hombres y mujeres en nuestro país. Estas soluciones pueden edificarse en un orden que no será el del silencio, que no será la apariencia engañosa y frágil de una sociedad abocada a la duda y el malestar, sino fruto de la adhesión, de la confianza y de la justa esperanza de todo un pueblo que habrá elegido libremente su propio destino.

ESTUDIANTES Y OBREROS

Todos los que aspiraban a la gran mutación de la segunda parte del siglo XX, todos cuantos se han rebelado contra las alineaciones políticas y sociales de nuestra sociedad, y especialmente todos los que se levantaron contra el régimen gaullista, su concepción del poder, sus instituciones y las estructuras políticas por él protegidas deben estar dispuestos a afrontar la situación nueva. Indudablemente estos hombres y mujeres constituyen una masa poco homogénea; con frecuencia sus jefes les han informado mal de las realidades, de las posibilidades, de las soluciones viables y de las opciones abiertas, de las tentaciones que deben ser evitadas. Indudablemente, también se han producido en su seno desacuerdos trágicos. Se habla de los desacuerdos que existen entre el partido comunista, la federación de la izquierda, el P.S.U. Mucho más graves son las disensiones, a veces traducidas en verdadera hostilidad, que han aparecido entre los estudiantes y una parte de la clase obrera, entre los hombres de la izquierda tradicional y los jóvenes de la nueva izquierda. Si siguen separados, por no decir hostiles, cuántas fuerzas se perderán, cuántas oportunidades se estropearán! La presencia de todos, a pesar de las antiguas querrelas, justificadas o no, y de las recientes incomprensiones, sigue siendo indispensable. Sin nuestra total colaboración nada es posible.

Cierto que es difícil reconciliar una fracción de la juventud y otra de la clase obrera. Pero todos los que

tienen una responsabilidad en la izquierda deben trabajar con ese fin contra viento y marea, ya que la cohesión de las fuerzas de movimiento es una condición *sine qua non* de toda acción constructiva con vistas al porvenir. En este sentido he trabajado, incansablemente, en medio de desacuerdos y desconfianzas, lo que me ha llevado a decisiones que a veces fueron criticadas tanto de un lado como de otro. Pero mi convicción sigue siendo la misma. Continuaré trabajando en este sentido. Y, ocurra lo que ocurra, nunca formaré parte de una coalición que rechace o ignore a hombres que, aunque lo hayan olvidado, luchan contra las mismas alienaciones o a favor de las mismas emancipaciones.

La alianza necesaria de las fuerzas de progreso no debe rechazar ninguna colaboración, ni formular ninguna exclusión, con tal de que se base en el único criterio aceptable, el de un contrato sobre un programa. Con frecuencia he sostenido esta tesis. Por ejemplo, en el coloquio de Grenoble del 30 de abril de 1966, en el que dije, en términos que siguen siendo actuales: «No es admisible ninguna segregación, referida a quien sea, si conduce a rechazar colaboraciones y acuerdos útiles e incluso indispensables para la realización de una política bien definida y que se ha juzgado buena y saludable. Por el contrario, no puede justificarse ninguna alianza que asocie a hombres

y partidos que no hayan sido capaces de suscribir los mismos compromisos ante el país y el sufragio universales».

Existe otra dificultad y muy considerable: los movimientos universitarios y una parte importante de las masas obreras no han encontrado hasta ahora verdaderos intérpretes en el plano político. Ninguna organización ha expresado de modo satisfactorio y completo los sentimientos y las aspiraciones que se abrían paso entre los jóvenes, estudiantes, obreros o campesinos. Naturalmente, el partido mayoritario no podía ser portador de las aspiraciones y reivindicaciones populares; pero las formaciones y los partidos de oposición, incluso cuando han aportado su apoyo militante a los movimientos de masa de las últimas semanas, incluso cuando han realizado un meritorio esfuerzo en este sentido, no les representaban sino imperfectamente. De ahí la penosa impresión de impotencia expresada con frecuencia por los jóvenes. De ahí, a veces, su intención de no participar en el escrutinio del 23 de junio, lo que equivaldría en realidad a favorecer al partido en el poder. Si se pretende devolverles la esperanza, hacerles volver al trabajo, hay que hacerles una propuesta clara, mostrarles una salida. En lo que me concierne, quisiera decirles cómo yo la concibo.

Del próximo escrutinio pueden salir

dos mayorías: una que calcaría poco más o menos —quizá de un modo reforzado— la mayoría en el poder desde hace diez años, y otra que resultaría de la unión de las fuerzas de la izquierda.

Si las elecciones, por haberse realizado de cualquier manera y haber sido en gran medida falseadas, mantienen en el poder a los hombres que nos gobiernan desde hace diez años, volveremos a encontrarnos en la situación anterior, agravada por la ira y la desesperación de los que, durante unos días o unas semanas, han creído posible una mutación profunda, agravada también por el odio y el rencor de una derecha que ha tenido mucho miedo.

UN SOLO HOMBRE

En realidad, el gobierno y el régimen actuales no tienen tras ellos a la mayoría de los franceses, y ellos lo saben. Pero esperan añadir a sus efectivos lo que se ha llamado «el partido del miedo», es decir, la inmensa cohorte de electores que, siendo antiguos gaullistas en el fondo de sus corazones, pueden aportar sus sufragios para evitar lo que ellos llaman «lo peor», sin saber muy bien, por otra parte, lo que esta palabra designa. Si la nueva mayoría se continúa de esta forma, podrá proclamarse la legalidad de su elección y del gobierno que la siga, pero será seguro, desde el primer día, que no responderá a la verdadera voluntad del país, que no traducirá la necesidad de renovación y de progreso. Y dado que esa necesidad se manifestará un día u otro, en condiciones desde luego imprevisibles pero de manera irresistible, puede afirmarse sin temor a equivocarse que la vuelta a una mayoría gaullista llevará a nuevas crisis, más graves aún que la precedente. El malestar obrero reaparecerá a pesar de las alzas nominales de salarios pronto anuladas por la inflación, el malestar estudiantil seguirá expresándose incluso si se han hecho vagas promesas de autonomía o de participación, el malestar del país entero persistirá, porque todos son conscientes ahora de la fragilidad de un sistema pretendidamente sólido y estable, pero cuya inconsistencia ha saltado a la vista en unas horas. Ha bastado que un solo hombre se ausente o que un día pronuncie un mal discurso...

Por ello, en el caso de que las elecciones del 23 de junio sean en último término favorables al partido gaullista, seguiremos reivindicando un cambio político fundamental en relación con las necesidades del país, con sus aspiraciones, cuya expresión, de hecho, habrá sido prohibida. Este cambio fundamental deberá ser preparado, en su día, por un gobierno de transición, símbolo y portador de la esperanza y la voluntad de acción que animan a nuestro pueblo.

¿Qué decisiones podemos esperar de este gobierno de transición? Las mismas, realmente, que podrían ser tomadas por un gobierno de izquierda cons-



EN PUNTO

tuido desde el día 23 de junio, si la izquierda ganara ese día. Ya que, en uno y otro caso, no nos encontraríamos ante un gobierno neutro encargado de una simple gestión, sino ante un gobierno de movimiento. Habría, después, que preparar la puesta en marcha de un nuevo régimen de vida, el encauzamiento rápido hacia una sociedad más justa, hacia una sociedad de inspiración socialista. También habría, por fuerza, que afrontar los problemas agudos que entonces se plantearían. En uno y otro caso habría que abrir un camino coherente y rápido hacia las necesarias reformas de estructuras demasiado tiempo pospuestas a través de los escombros institucionales, políticos, universitarios, sociales y económicos.

EL PROGRAMA

El programa de trabajo de un gobierno de izquierda —llegado al poder por voluntad inmediata de los electores o más tarde, después del inevitable hundimiento de un nuevo gobierno gaullista— tiene, pues, una importancia decisiva. Para que tal gobierno pueda afrontar sus tareas inmediatas y, al mismo tiempo, crear nuevas condiciones irreversibles que garanticen para el porvenir la indispensable evolución positiva, se plantea el problema, tantas veces debatido, de su programa.

Me habría gustado —y por ello luto desde hace años— que las formaciones de izquierda aprovecharan el respiro que las desafortunadas circuns-

tancias políticas les han concedido para elaborar seriamente este programa en función de las realidades humanas y económicas de nuestro tiempo. Un debate entre las formaciones de la izquierda, los partidos, los sindicatos, las asociaciones culturales, habría permitido traducir en proposiciones renovadas las viejas aspiraciones a la justicia y a la eficacia. Los altos cargos de la izquierda no han elaborado estas propuestas, cuyo estudio habría exigido un auténtico trabajo y un esfuerzo evidentemente difícil. Absorbidos por su lucha contra el poder personal, han abordado las últimas pruebas sin que se sepa claramente lo que proponían. A pesar de unos primeros intentos, que habría habido que continuar con más rigor y al margen de

preocupaciones electorales a corto plazo, el país no tenía seguridad de que se pusieran, llegado el día, de acuerdo sobre las decisiones a tomar. No voy a insistir sobre la gravedad de esta laguna. La confrontación y el leal debate entre todos los que aspiran al cambio siguen siendo indispensables.

Si se manifestara una muy amplia voluntad, si los hombres de acción y en primer lugar los jóvenes impulsaran inmediatamente medidas y decisiones apropiadas, la fe renacería inmediatamente y conjuntamente la fuerza irresistible que siempre se desprende de ella. De golpe, todo el porvenir se encontraría modificado. ■ P.M.F.

© L. FORESTIER, 1968

EPISCOPADO FRANCÉS

Toma de posición ante la crisis

Días después de los acontecimientos que pusieron en grave peligro al régimen gaullista, el Consejo Permanente del Episcopado francés ha formulado la siguiente declaración:

1) Los cardenales y obispos del Consejo Permanente, reunidos con ocasión de su habitual sesión de verano, han examinado atentamente la actual situación; no como economistas ni como sociólogos, sino según la misión que les corresponde. Han constatado que los recientes acontecimientos han sido interpretados por la opinión pública de modo muy diverso. Las reacciones divergen entre los jóvenes, los adultos, los habitantes del medio rural, los de las ciudades, los estudiantes, obreros, directivos, jefes de empresa... Allí donde algunos no han visto más que desorden, otros vieron promesas de renovación. Una grave división amenaza con separar a los franceses, división que sería perjudicial para el bien común de la nación. Una grave división amenaza a los cristianos, división que pondría en peligro la unidad y la misión de la Iglesia.

2) Como ya lo subrayaron el arzobispo de París y numerosos obispos, más allá de la repentina explosión de las «contestaciones», se trata de un movimiento de fondo de considerable amplitud que convoca a la construcción de una sociedad nueva, donde las relaciones humanas se establecerían sobre unos módulos completamente diferentes.

3) Los obispos franceses se encuentran tanto más dispuestos a acoger esta sociedad nueva teniendo en cuenta que el Concilio —sensible a los cambios del mundo— había presentado la exigencia y fijado las condiciones esenciales. Además, desde hace bastante tiempo, cristianos —jóvenes y adultos de todos los medios— presentes en las estructuras temporales, les participaban sus inquietudes y sus búsquedas.

4) Hasta nuestros días, situaciones de injusticia han presionado violentamente a demasiados hombres y grupos humanos, privándoles de auténtica libertad. Se trata de repartir más justamente —de acuerdo con el orden mismo del Creador— todas las riquezas: riquezas materiales y, todavía más, riquezas culturales y responsabilidades. Pero tal resultado, para ser estable, no acertaría a obtenerse por otra violencia, ciega y brutal.

5) Por encima de los mitos y de fáciles «slogans»; por encima de las reacciones pasionales, resulta preciso

acometer una obra de mayor alcance. Esta obra exige lucidez, competencia, tenacidad y respeto al papel de las instituciones intermedias. Se ha alcanzado un punto del que no se puede retroceder. A partir de ahora, el ejercicio de la autoridad requiere el diálogo y el acceso de todos a mayores responsabilidades. La autoridad necesaria para la vida de toda sociedad no puede salir más que reforzada.

6) El esfuerzo del reparto de los bienes y de las responsabilidades debe excluir cualquier forma de discriminación y actuar, con carácter prioritario, en beneficio de las categorías más desfavorecidas: pequeños asalariados del mundo industrial y marítimo, modestos agricultores, artesanos y pequeños comerciantes, emigrados, impedidos, enfermos y ancianos. La revalorización de los salarios más modestos debe ir acompañada de una renuncia a los beneficios excesivos. Sin rechazar una razonable jerarquía de salarios existen desajustes que no pueden ser admitidos. La voz de los más humildes debe poder expresarse y ser oída en el seno de todas las organizaciones. En esta misma perspectiva —y a pesar de las dificultades actuales—, la economía nacional debe asumir generosamente su deber de solidaridad con el Tercer Mundo, deber que las circunstancias convierten más que nunca en urgentes.

8) Pero la transformación, valiente y necesaria, de las estructuras culturales, sociales, económicas y políticas no será suficiente para disipar el profundo malestar de los espíritus y los corazones. Lo que piden los hombres de nuestro tiempo —y en especial los jóvenes— no son solamente medios de vida, sino razones para vivir. Nuestra sociedad ha exaltado las aspiraciones hacia un nivel de vida más elevado; su pecado no estriba en intentar satisfacerlo, sino de habernos encerrado en él. Al hombre no puede reducirse al único papel de productor, de consumidor o de simple actor. Incluso rebelándose contra esas coacciones, ¿sabría escapar por sus propios medios a la desesperanza y al absurdo? ¿No se desprenderá de esas servidumbres para convertirse en prisionero de sí mismo?

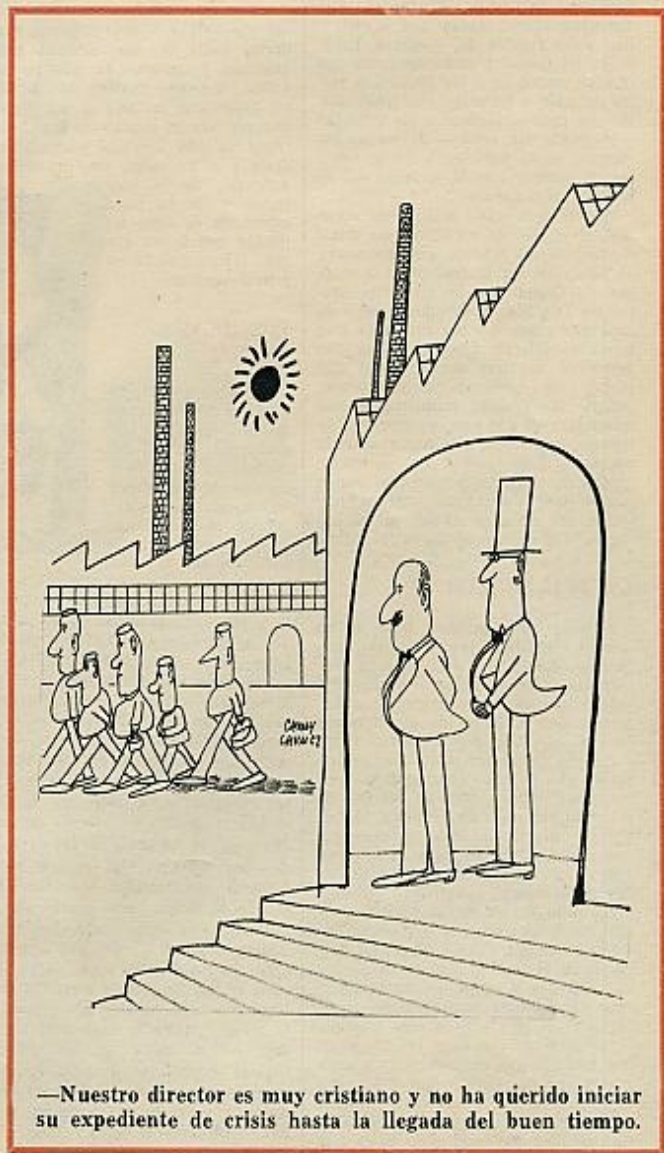
¿Dónde encontrará el sentido de su destino? Yendo hacia Dios a través de Jesucristo.

9) A pesar de ser conscientes de no haber extraído del Evangelio toda la luz que encierra, los obispos afirman —con renovada convicción— que no hay más salvación para el hombre que en Jesucristo.

Jesucristo es Camino, Verdad y Vida.

Revela a los hombres lo que son. Les ilumina, fortifica, los purifica en los esfuerzos que tienen que realizar para

transformar el mundo. Al convertirlos en hijos de un mismo Padre, los une en la fraternidad.



—Nuestro director es muy cristiano y no ha querido iniciar su expediente de crisis hasta la llegada del buen tiempo.

COLABORAN: Juan Aldebarán, César Alonso de los Ríos, Art Buchwald, Chmy-Chiméiz, J. García de Dueñas, Eduardo G. Rico, Eduardo Haro Tecglen, Antonio Javaloyes, R. López Goicoechea, A. López Muñoz, Víctor Marquero Reviriego, José Monleón, César Santos Fontenla. FOTOS: Cifra y Archivo.